

Dime que todo está bien

Eduardo Javier Chillarón

Image not found.

Capítulo 1

DESAYUNO

Recuerdo que desperté llorando, bueno más bien me puse a llorar cuando un mal sueño me trajo a la realidad. Y la realidad no es sólo una mala vida, la realidad real conlleva consecuencias que se amontonan en esa vida mala, y en mi caso además era suciedad y ropa y platos y vasos y ceniceros repletos de pensamientos consumidos y un olor a animal muerto que no lograba entender si yo no tenía ni perro para no olvidar hablar. Así que después de vagar por la casa llené la petaca del puto whisky barato y me fui a la playa a desayunar. Y esa fría mañana fue la primera vez que ví a Mon. Pero era noviembre, así que puede que fuera el propio destino lo que descubrí por primera vez. Las otras veces no fueron destino sino malas elecciones, más por supuesto, que para eso me dicen depresiva. Mon estaba arrodillada en la orilla, o más bien dentro ya que cada pocos segundos era bañada por una ola cubriéndole los vaqueros. Es una de las imágenes que me han quedado grabadas de ella, como si uno de los mil tatuajes que la cubren se hubiera filtrado una de aquellas noches en mi mente. Cuando sus rodillas volvían a aparecer, escribía en la arena. Y otra vez una ola la acariciaba. Y otra vez cuando el agua regresaba al mar volvía a escribir. Una y otra vez, una y otra. Así que me acerqué por detrás, la parte sobria de mi cabeza necesitaba saber. Y allí estuve un rato, realmente no recuerdo cuanto sin que notara en mi presencia, empecé por intentar leer lo que con rabia escribía, pero ya mi parte ebria había seducido a la parte curiosa y no veía o no entendía, además, caí en la cuenta de que no le daba tiempo a acabar la frase, y perdí el interés en la escritura, y me fije en su cuello y en el bolígrafo que atravesaba el moño, en las pequeñas orejas enrojecidas por el frío y ametralladas de pendientes, en el tatuaje que sin abrigo sufría desde el nacimiento del pelo hasta el cuello del jersey. Y alargué la mano y con el índice le bajé levemente el jersey y ella se asustó. Y yo me asusté de su susto y caí de espaldas. Y el vértigo al perder el equilibrio me asustó también, pero al sentir que no deambularía para siempre por el vacío, y que ese pozo no era más que arena y agua, empecé a reír y luego a reír descontrolada y luego a reír jodidamente poseída. Y ahora que lo pienso llevaba meses sin reír de ninguna forma.

- ¡Joder tú estás loca o qué?

- ¡Nooooooo....

- ¡Estás como una puta cabra y vas borracha!

-Vaaale ... si, tienes razón. Creo que estoy loca... pero lo único que nos diferencia es que yo tengo una petaca...

-...

Y desde mi ridícula posición veía como se levantaba, vaqueros aún más ceñidos por el agua, y arrojando el palo se marchaba de allí. La cabeza, más bien el mundo y todo alrededor giraba rápido ante mí. Llevaba una buena mierda encima.

- ¡Ehhhhhhh! ¡Oyeeeeee no me dejes aquíiiii! ¡Ayudaaaaaaa!
¡Socorrooooooooooooo!

Y desde mi ridícula posición me vi desprotegida y otra vez sola y me dio miedo, y aunque no caía ahora por ningún pozo sin fondo me encontraba perdida en este mundo que no quiero ni me quiere, y añoraba mi cama y mi nevera vacía y la ropa en el suelo y el olor a muerto, y empecé a llorar... y ahora que lo pienso lo único que llevo haciendo desde hace meses es llorar...

-Estás como una cuba-

- ¡Has vuelto! Ayúdame no quiero morir aquí- Ella me levanto la espalda sentándome en la arena, y rodeándome con sus brazos por mis axilas apretando mis pechos con fuerza y yo sintiendo los suyos intentaba levantarme, pero lo único de provecho que salió de aquello fueron tacos de su boca. Me dejó caer de nuevo sobre la arena... Y sentí de alguna forma como mis piernas se elevaban y mi cabeza arrastraba la arena y las nubes grises se movían, pero no querían irse y preferían quedarse allí mirándome fijamente y creí que les daba lastima pero no me importaba, yo solo quería salir de allí. Notaba como una gran energía, una preciosa energía me guiaba justo por el camino que yo hubiera elegido para escapar de allí. Y alcé el cuello porque la cabeza no podía y la vi a ella que estiraba de mí, ví su espalda, ví su jersey y su hermoso bolígrafo y las orejas con su metralla y no vi el tatuaje, pero lo intuía ahora abrigado al calor de su piel.

-Debería dejarte aquí cabrona. Me has dado un susto de muerte

-Creo...creo que puedo andar...

-No darías dos pasos tú sola.... No entiendo que haces tan bebida por la mañana.

-Para por favor...no es el whisky lo que me impedía andar

- ¿Qué dices?

-Era... Es el miedo. Tengo miedo- Y dio dos pasos más. Y se detuvo. Y se inclinó lentamente hasta dejar mis piernas de nuevo en la arena. Y levanté mi cuerpo ebrio bajo mi cabeza sobria hasta quedar sentada. Y se giró y lo ví porque miraba sus ceñidos y empapados vaqueros y no la quise mirar a los ojos porque no me atrevía, pero sentía en mi ser que ella si miraba los míos. Me coloqué la capucha del anorak sobre la cabeza tapando mi vergüenza y me limpié las lágrimas con los nudillos. Por entre la capucha apareció una mano, piel seca y uñas largas del color de la noche, entre los dedos me ofreció un pañuelo. Ya que me sentía protegida de mi propia vergüenza le roze los dedos, frios al tacto candentes en el sentimiento. Los recorría lentamente, redibujando la forma de los nudillos, de las falanges, del pulgar al meñique, las arrugas y las venas. Los dedos traspasaban a mi cuerpo la sensación que estaban viviendo en ese momento, y respondió éste con un escalofrío que más bien sentí como un subidón. De pronto volvió a mover la mano, agitando ahora el pañuelo como si ya fuera para tirar, con el pulgar y el índice.

-¿Nunca has visto una mano o que?. Limpíate los mocos, anda.

-La tuya nunca.

-¿Cómo has venido hasta aquí?- me preguntó. Sin levantar la mirada señale en dirección al parking del paseo, en dónde más o menos supuse estaría el coche.